

EL FUTURO DE LA PALABRA EN LA GALAXIA DIGITAL

por

Darío Villanueva

Secretario de la Real Academia Española

SEMINARIO DE LA LENGUA

Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana, CANIEM

México DF, lunes 28 de abril de 2014

Tan solo modera el entusiasmo que me produce el haber sido invitado por la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana a pronunciar la conferencia inaugural de este seminario acogido al rubro, tan certero, de «El idioma, cosa de todos», la preocupación de poder estar a la altura de las intervenciones de los distinguidos ponentes y participantes en las mesas que a lo largo de esta jornada se van a producir.

Sin más preámbulo, me pongo manos a la obra no sin agradecer de todo corazón el honor que se concede al darme esta oportunidad de oro en ocasión tan señalada como es el cincuentenario de CANIEM, en la que se van a abordar temas que siento, por otra parte, muy próximos, como la lengua, la escritura y la edición; el idioma, herramienta de educación; la diversidad del español y sus contactos con otras lenguas, y, finalmente, el vidrioso asunto de lo que Helmut Haztfeld denominaba las «prevaricaciones idiomáticas». Gracias mil.

El primer libro de la cultura japonesa, el *Kojiki*, compilado a principios de nuestro siglo VIII por O No Yasumaro, describe el nacimiento legendario del cielo y la tierra, así como de los primeros dioses y del propio archipiélago japonés. El universo estaba sumido en una caótica materia retirada, informe y silenciosa. Las partículas luminosas ascendieron y formaron las nubes y el cielo. Las demás se conformaron con integrarse

en una masa inmensa, oscura y densa; esto es, la tierra. Es entonces cuando las Tres Deidades Creadoras encargan a dos seres también divinos, él, Izanagui, y ella, Izanami, que cruzaran el puente flotante entre cielo y tierra para coagular, condensar y consolidar la materia caótica en la Isla de Onokoro a partir de la cual fueron engendrando las ocho grandes islas que compondrían el Ohoyashima.

Frente a tan poética y aquilatada leyenda de la creación como la que nos relata el *Kojiki*, en la *Biblia* Yaveh da comienzo y existencia al mundo mediante una operación puramente lingüística, cuando «Dijo Dios: "Haya luz"; y hubo luz. Y vio Dios ser buena la luz, y la separó de las tinieblas; y a la luz llamó día, y a las tinieblas noche, y hubo tarde y mañana, día primero». Del mismo modo es creado el firmamento, las aguas, la tierra, y así sucesivamente.

Mas, en términos muy similares al *Génesis* judeocristiano, la llamada «biblia» de la civilización maya-quiché, el *Popol-Vuh* o *Libro del consejo*, narra la Creación de este modo: «Entonces vino la Palabra; vino aquí de los Dominadores, de los Poderosos del Cielo (...) Entonces celebraron consejo sobre el alba de la vida, cómo se haría la germinación, cómo se haría el alba, quién sostendría, nutriría. "Que esto sea. Fecundaos. Que esta agua parta, se vacíe. Que la tierra nazca, se afirme", dijeron (...) así hablaron, por lo cual nació la tierra. Tal fue en verdad el nacimiento de la tierra existente, "Tierra", dijeron, y enseguida nació».

No muy diferente resulta el comienzo del *Enuma elish*, el *Poema babilónico de la Creación*, que data de la Mesopotamia de hacia los años 1200 antes de Cristo: «Cuando en lo alto el cielo no había sido nombrado, no había sido llamada con un nombre abajo la tierra firme...».

Los paleontólogos de Atapuerca certifican que, de acuerdo con la información aportada por los fósiles del yacimiento burgalés, los humanos que allí residieron eran ya capaces de hablar hace medio millón de años.

Sus hioides –los huesos situados en la base de la lengua y encima de la laringe– eran ya muy distintos a los de los chimpancés, y su evolución posibilitaba, junto a otros elementos anatómicos relacionados con la fonación, articular los sonidos en modulaciones muy amplias que, asociadas al significado, darían paso a la comunicación interpersonal entre los individuos.

Aunque con frecuencia usemos ambas palabras como sinónimas, cabe atribuir significados diferentes a *lenguaje* y *lengua*, tal y como el fundador de la Lingüística moderna, Ferdinand de Saussure, formuló en su *Cours de linguistique générale*, publicado póstumamente en 1916.

Para el lingüista ginebrino, el *lenguaje* «se apoya en una facultad que nos da la naturaleza, mientras que la lengua es cosa adquirida y convencional». Se trata, pues, de esa dotación genética que todos los humanos poseen en virtud de su anatomía y configuración neuronal. De hecho, no se ha encontrado nunca una comunidad humana, por primitiva y remota que fuese, cuyos individuos no se sirviesen de aquella competencia lingüística para comunicarse entre ellos. Otra cosa ocurre en el caso de los llamados «niños bravíos» o «selváticos», que aparecen desprovistos del habla por haber permanecido aislados de los humanos los primeros años de su vida. Porque para que el fenómeno de la realización lingüística llegue a producirse en plenitud es imprescindible la existencia de la *lengua*, «un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos». La *lengua* existe, así, en virtud de una especie de contrato implícitamente suscrito entre los miembros de una determinada comunidad. Mas ese sistema de expresiones compartidas acordado por un grupo humano implica una tercera dimensión no menos importante: el *habla*, acertada traducción del francés *parole* debida a Amado Alonso, que

abordó la tarea de verter al español el *Curso de lingüística general*, publicado en Buenos Aires en 1945.

La *lengua* es social en su esencia e independiente del individuo; el *habla* se encarna en cada uno de ellos –de nosotros– y es de índole psicofísica. El habla «es la suma de todo lo que las gentes dicen» y comprende, por tanto, las combinaciones individuales de los elementos del sistema de acuerdo con la voluntad de los hablantes y los actos de fonación, igualmente voluntarios, imprescindibles para ejecutar aquellas combinaciones.

Estamos, pues, ante un fenómeno complejo, que tiene que ver con el resultado de la evolución de una especie privilegiada, con la sociabilidad y socialización de los individuos y, finalmente, con la apropiación por cada uno de ellos del sistema consensuado de la lengua para realizar, conforme a sus reglas, la competencia personal del lenguaje. Biología, sociología y psicología a la vez. En todo caso, un hecho que roza el prodigio y que, sobre todo, puede ser calificado como radicalmente igualitario y democrático. Salvo condicionantes patológicos, toda persona es dueña de, al menos, una lengua, a cuyas reglas comunales debe someterse, pero que ejecuta –y puede modificar– mediante el ejercicio de su habla soberana. Las capacidades que nos otorga el lenguaje constituyen el universal antropológico más determinante, del que surge de forma natural la disposición filosófica por la que cada ser humano está en condiciones de abordar las preguntas fundamentales sobre su ser y su entorno.

El prodigio incrementa considerablemente su espectro si reparamos en una nueva perspectiva. En la realización verbal del lenguaje es inevitable que actúe la función representativa de la realidad que Karl Bühler consideraba como una de las tres fundamentales, junto a la expresiva por la que manifestamos nuestros sentimientos, y la llamada función conativa o apelativa de la que nos servimos para incidir sobre la conciencia y la

conducta de los demás. Nuestro yo individual y social se expresa, respectivamente, mediante estas dos últimas funciones; la primera –la representativa–, nos sirve por el contrario para relacionarnos con la realidad. «Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo», escribió Ludwig Wittgenstein, y si bien luego se retractó de este esencialismo lingüístico por el que se hace del lenguaje una especie de mapa a escala del mundo entero, en su obra de 1921 no dejaba de apuntar hacia una de las potencialidades que desde se siempre se le ha atribuido a la facultad humana del lenguaje.

Efectivamente, antes incluso de la primera de las revoluciones tecnológicas que han afectado a la palabra –la que permitió a través de la escritura fonética su fijación en signos estables y de fácil combinación y descifrado–, el ejercicio de esta ha ido acompañado del poder demiúrgico no solo de reproducir la realidad, sino también de crearla. No es casual, pues, que en el libro del *Génesis* la creación del mundo se justifique en términos acordes con el *Tractatus* de Wittgenstein

Este poder demiúrgico de la palabra como creadora —más que reproductora— de la realidad se fortaleció con la escritura, al proyectar aquel efecto desde el momento de su primera enunciación a través del tiempo y el espacio, pero también se vio incrementado con la segunda gran revolución tecnológica al servicio de la lengua, la de la imprenta, y lo está haciendo de forma redoblada con los avances de nuestra era de la comunicación audiovisual digitalizada. Del sonido, a la voz; y de la voz a la letra manuscrita o proliferante gracias al invento de Johannes Gutenberg.

Cervantes abogaba ya por un efecto mimético o realista engendrado como vivencia intencional del que lee, y no por esa otra identificación ingenua, o incluso patológica, con el mundo que supuestamente está detrás del texto, fenómeno del que conservamos numerosos testimonios históricos a partir de la popularización de la literatura caballeresca.

Por ejemplo, Melchor Cano recordaba a un cura que creía cierto todo lo narrado en libros de caballerías como los *Amadises* y *Floriseles* porque si no lo fuese las autoridades no permitirían su divulgación por escrito, argumento que en *El Quijote* no solo contrapone el propio protagonista al canónigo toledano en I, 50, sino también el ventero al cura (I, 32): «¡Bueno es que quiera darme vuestra merced a entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habían de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio!».

Modernamente, se atribuye a Bertrand Russell la sentencia de que uno de los problemas que tenemos los lectores de periódicos es confundir la verdad con el cuerpo de letra ¹². Efectivamente, todos quienes trabajamos con las palabras de la tribu, feliz expresión de Mallarmé, disfrutamos de un privilegio hasta cierto punto demiúrgico, que en el caso de los editores me parece especialmente operativo en cuanto que ellos, ustedes, actúan como mediadores imprescindibles entre los autores de hoy y de siempre y sus lectores, y lo hacen, además, amparados por y al servicio de una lengua tan amplia, eficaz y creativa como es la nuestra común.

Para el pensador canadiense Marshall McLuhan, la historia de nuestra civilización comprendía, fundamentalmente, tres etapas: la segunda era precisamente la instaurada con la invención de la imprenta, cuando se rompe con la tradición anterior en la que la palabra oral era predominante. La máquina gutenberiana, al facilitar la lectura individualizada de los textos, produce una desconexión social, una apropiación por parte de cada sujeto de los conocimientos que el escrito atesora. Este período de la Galaxia definida por McLuhan en su famoso libro de 1962, que él llama moderno, da lugar posteriormente al periodo contemporáneo, que surge

cuando la tecnología permite la transmisión de mensajes a través de las ondas, en conexión con las innovaciones electrónicas. Esta nueva galaxia de la transmisión del sonido, e incluso también de la imagen a través del éter, supuestamente iba a acabar con la galaxia anterior, de manera que los libros y la escritura estaban destinados a convertirse en residuos de una época pretérita. En esta clave, el pasado sería, a nuestros efectos, la escritura, la literatura y el periodismo tradicional, y el futuro la comunicación audiovisual.

Lo curioso del caso es que con este gran avance tecnológico de la radio, la televisión y los medios de comunicación audiovisual de masas a través de las ondas se produce un regreso a situaciones premodernas; es decir, de nuevo la palabra oral se impone a la palabra escrita, y de nuevo la recepción de los mensajes, en vez de ser individualizada, reflexiva y racionalizada por cada sujeto, se hace de una manera colectiva, lo que permite fenómenos de sugestión universal con lo que alcanzamos ese estado de lo que se denomina macluhianamente «aldea global». Es decir, surge una paradoja muy profunda posibilitada por una sociedad donde los medios de comunicación se producen en términos equiparables en lo sustancial a los de épocas muy arcaicas, pero con todos los avances de la tecnología moderna. Así pues, frente a los apocalípticos del rupturismo, cabe realizar una interpretación integradora de todos estos fenómenos y revoluciones comunicativas.

En el cuarto de siglo que nos separa de su fallecimiento ocurrieron acontecimientos transcendentales para la historia de la Humanidad vista desde la perspectiva que McLuhan hiciera suya. En sus escritos se menciona ya la computadora como un instrumento más de fijación electrónica de la información, pero lo más interesante para nosotros resulta, sin duda, la impronta profética que en algunos momentos el canadiense manifiesta a este respecto.

Unos pocos años más tarde de su libro de 1962, en una extensa entrevista, McLuhan expresa una que habla de lo que en aquel momento no era más que un sueño y, por el contrario, hoy es la realidad más determinante de lo que Manuel Castells denomina la *Galaxia Internet*. Decía McLuhan que la computadora electrónica ofrecía la promesa de engendrar tecnológicamente un estado de entendimiento y unidad universales, un estado de absorción en el logos que podría unir a la humanidad en una familia y crear una perpetuidad de armonía colectiva y paz.

A pesar de que Internet estaba ya en la mente de los informáticos desde principios de los sesenta, para la gente, para las empresas y para la sociedad en general, Internet nació en 1995, según el propio Castells. Una primera encuesta registró enseguida 16 millones de usuarios de la red, pero hoy se contabilizan más de 2400 millones, un tercio de la población mundial. En los países desarrollados podemos hablar de más de dos tercios de la población como internautas, pero el porcentaje alcanza el 95 % en los grupos de edad con menos de 30 años.

A principios de 2009 se presentaba, a bombo y platillo, el Kindle², el aparato que representaba entonces la última generación de los denominados *ebooks*, el iPod de los libros. La magnífica operación de mercadotecnia que Jeff Bezos desencadenó en la Morgan Library neoyorquina al presentar su nuevo portalibros electrónico ha hecho ya correr ríos de tinta por el ancho mundo y ha reavivado el viejo tema de la inminente muerte del libro a la que algunos agoreros de la Feria de Frankfurt enseguida pusieron fecha exacta: el año 2018.

En 1962, en *La Galaxia Gutenberg* se explicaba que toda tecnología tiende a crear un nuevo contorno para la Humanidad. Sus avances representan algo así como verdaderas extensiones de nuestros propios sentidos, lo que trae consigo todo un rosario de consecuencias psíquicas y

sociales. La tecnología del alfabeto fonético, que data de tres mil quinientos años a. d. C., trasladó a las personas desde el mundo mágico del oído y de la tribu, donde la comunicación se basaba exclusivamente en la oralidad, al mundo neutro de lo visual. El descubrimiento de la imprenta y del papel potenciaron extraordinariamente la cultura del alfabeto, al multiplicarse mecánicamente los escritos y posibilitar la difusión por doquier de libros baratos. McLuhan atribuye a la imprenta no solo el refuerzo del individualismo sino también la aparición de las nacionalidades modernas, hasta que, a partir del descubrimiento del telégrafo a mediados del XIX, irrumpa la «constelación de Marconi».

Los que él denominaba «medios eléctricos» –radio, cine, televisión– vinieron a exteriorizar nuestro sistema nervioso central hasta el extremo de que el universo se reduzca a una aldea global, resurja el tribalismo primitivo y se vislumbrase una pronta desaparición del libro. En alguna declaración periodística, llegó a anunciar cuándo se produciría este óbito: exactamente en 1980. Fue el año en que McLuhan falleció. No fue el primero en equivocarse a este respecto. El profetismo negativo de Sócrates en contra de la escritura como invento perverso que acabaría con la memoria de las personas ha resultado, al fin y a la postre, tan descabellado como el vaticinio con que el erudito Octave Uzanne inauguraba un nuevo género de ciencia ficción en su relato de 1894 "El fin de los libros", en el que ante la Royal Society de Londres se afirmaba que los cuadernillos de papel impreso, plegado, cosido y encuadernado bajo una cubierta portadora del título de la obra caerían pronto en desuso «como intérpretes de nuestras producciones intelectuales» por culpa ¡del fonógrafo!

Y sin embargo, a más de un siglo de aquella profecía apocalíptica se puede decir del libro impreso que goza de muy buena salud. Nunca en toda la Historia se han escrito, impreso, distribuido, vendido, plagiado, robado, explicado, criticado y leído tantos. Entre otras cosas, porque de 1960 a

1999 se duplicó la población mundial hasta llegar a los 6 000 millones de personas, que en 2012 somos ya mil millones más. Añádase el incremento de la alfabetización y del nivel de vida, desafortunadamente no tan extendidos como sería justo y obligado.

Por limitarnos tan solo a nuestros países y a ese mismo año de 2012, en España se editaron 69 668 títulos. En México, la producción de libros superó los 330 millones. Pese a ciertos indicios de disminución tanto en el número de títulos editados como de cuerpos de libro impresos, los datos antes aportados junto a la poderosa carga cultural y el arraigo del hábito de leer libros aconsejan prudencia a la hora de proclamar su muerte. Nuestra cultura tiene en el libro y en el leer el soporte y el fundamento de su pervivencia, así como el de toda *paideia* y de todo humanismo. Quien se quiera nuevamente meter a profeta, allá él. Siempre le quedará el expediente de explicarnos profusamente en 2019 por qué su vaticinio mortuario no se cumplió.

Pero que las nuevas tecnologías van a introducir modificaciones en el universo del libro está fuera de toda duda. Y en dos sentidos: en el libro como objeto y en libro como creación intelectual y estética. Me interesa sobremanera el campo ya abierto de la llamada ciberliteratura. Y después de haber presidido durante cuatro años REBIUN, la Red de Bibliotecas Universitarias Españolas, desde hace diez dirijo el consejo científico de la Biblioteca Virtual que lleva el nombre de Miguel de Cervantes. Su gran personaje, don Quijote de la Mancha, fue víctima a su modo del libro impreso. Solo con manuscritos no hubiese podido enloquecer con tanta facilidad, y recuerdo haber leído hace tiempo un estudio de la biblioteca medieval de los reyes portugueses que no tenía más de veinte ejemplares... El ingeniero, poeta y ensayista mexicano Gabriel Zaid (1996) nos advirtió ya en su día del peligro que representan en nuestra sociedad opulenta actual «los demasiados libros».

Pero los avances tecnológicos no hacen *tabula rasa* de todo lo anterior. La gran revolución de lo que Walter Ong (1987) dio en la diana al denominar «tecnologías de la palabra», esto es, el descubrimiento del alfabeto fonético, no acabó con la oralidad y su soporte, la memoria, en contra de lo que temía Sócrates, convencido también, si hemos de hacerle caso a Platón, de que destruiría a la vez la verdadera sabiduría, que solo se debería aprender oralmente de los maestros. Pero tampoco la imprenta de tipos móviles erradicó para siempre el manuscrito; el cine no guillotizó el teatro; el teléfono no dio al traste con las cartas; la radio, con la prensa escrita; la televisión, con la radio...

Otra cosa es preocuparnos por algo que muchos ya se han preguntado: ¿hasta qué punto las nuevas tecnologías pueden alterar la relación entre las personas y su entorno natural y cultural, su modo de estar en el mundo y de comunicarse con la realidad? No hace mucho nos llegaba una información alentadora de semejantes apocaliptismos: el profesor David Nicholas, jefe del Departamento de Estudios sobre la Información del University College de Londres, después de investigar con un centenar de voluntarios de distintas edades, llegó a la conclusión de que los adolescentes de hoy están perdiendo la capacidad de leer textos largos y de concentrarse en la tarea absorbente de leer un libro.

Frente a lo que sucede todavía con los adultos, los jóvenes entre los 12 y los 18 años apenas se detienen en una sola página web para obtener la información que precisan, sino que saltan de una a otra sin apenas fijar nunca su atención. El material de este estudio ha sido presentado a finales de febrero de 2010 en un capítulo de la serie documental de la BBC titulada *La revolución virtual* y, según su presentador Aleks Krotoski, la conclusión es que para bien o para mal la nueva generación está siendo moldeada por la web.

Más radical se había manifestado con anterioridad un crítico literario, Sven Birkerts, que en 1994 no había dudado en publicar *The Gutenberg Elegies*, libro como su título da a entender muy pesimista acerca del futuro de la lectura en la era electrónica. Birkerts ensarta una ristra de interrogantes a propósito fragmentando nuestra identidad, erosionando la profundidad de nuestra conciencia. Y concluye con unas palabras que inciden directamente en la problemática que constituye el meollo de nuestro futuro cultural: la educación. Dice Birkerts: «Estamos renunciando a la sabiduría, cuya consecución ha definido durante milenios el núcleo mismo de la idea de cultura; a cambio nos estamos adhiriendo a la fe en la red».

Con motivo de la publicación en México de mi último libro, una institución denominada *17, Instituto de Estudios Críticos* (diecisiete por el número de la casa en que convivieron psicoanalistas con los instigadores sociales de la Escuela de Frankfurt en los años treinta) me invitó a participar, a lo largo de la semana del 27 de abril al 3 de mayo de 2009, en una interesante iniciativa de presentación de algunas de mis ideas al respecto y posterior diálogo *on line* enmarcada en el ciclo titulado «Vocaciones contemporáneas del editor».

Una de mis *internetlocutoras*, Violeta Celis, coincidía conmigo en un terreno al que inevitablemente habríamos de llegar juntos: el de un nuevo espacio educativo en el que los profesores (nosotros) y los alumnos nacidos ya en la Galaxia Internet encontremos y utilicemos códigos comunes. Debemos al tecnólogo Marc Prensky la distinción, tan cierta, entre los *digital natives* (ellos), y los *digital immigrants* (nosotros). Violeta y yo en cuanto participantes en aquel foro mexicano, podemos ser reconocidos como «webnautas», y quizá, esforzándonos un poco, podríamos llegar a ser pronto «webactores» si somos capaces, de producir, actuar en, modificar y dar forma a la web de hoy, la Web 2.0. Más difícil veo yo, aunque nada es

imposible, que nosotros utilicemos como ellos herramientas como Facebook, MySpace o los blogs para «construir nuestra identidad en relación a los demás al margen de cualquier mecanismo institucional tradicional» como apuntan Pisani y Piotet en su interesante libro de 2008 *La alquimia de las multitudes. Cómo la web está cambiando el mundo*.

McLuhan hablaba de los «niños televisivos» como actores de la Galaxia Gutenberg, pero nosotros ya habitamos en la Galaxia Internet y por eso Nicolás Negroponte emplea por su parte la expresión «niños digitales», antesala de los «nativos digitales» de Marc Prensky que ya están dejando de ser adolescentes. Porque la secuencia de Galaxias, como hemos comentado ya, no representa compartimentos estancos y tránsitos irreversibles.

Ciertamente, la impronta de la voz y la función determinante del oído ahorma de nuevo el siglo XX en el que, si reparamos bien en el asunto, la televisión doméstica se construye sobre los cimientos genéricos y temáticos de la radio, hasta el punto de que algunos teóricos de la comunicación hablan a este respecto de *audiovisión*. Pues bien, una regresión semejante está claro que se produce entre la Galaxia Internet y la Galaxia Gutenberg. Umberto Eco clausuraba en 1994 un simposio sobre el futuro del libro advirtiendo que «la característica principal de una pantalla de ordenador es que alberga y muestra más letras que imágenes. La nueva generación se acercará al alfabeto más que a las imágenes. Volvemos de nuevo a la Galaxia Gutenberg, y estoy seguro de que si McLuhan hubiera sobrevivido hasta la carrera de Apple hacia el Silicon Valley, se hubiera maravillado ante este acontecimiento portentoso». No es de extrañar, así pues, que T. Nelson, uno de los *gurús* del hipertexto, llame a los ordenadores «máquinas literarias».

Sin negarle entidad e interés, ni mucho menos, a las disquisiciones teóricas sobre las Galaxias, desde el alfabeto de los mesopotámicos (hoy,

iraquíes) hasta Tim BerNers Lee, a mí lo que me preocupa son las personas y el futuro. A fuer de humanista, veo todo este gran y magnífico embrollo tecnológico en clave humana: la de los que emigramos desde otra Galaxia pero no renunciamos a vivir en la nueva (y otras por venir), y a la vez en la otra clave de los nativos digitales que ya han nacido y los que van a nacer.

Cuando se habla de la *digital divide*, de la quiebra digital, se alude a la diferencia discriminativa e insalvable que se puede establecer en cuanto al uso y disfrute de las nuevas tecnologías por parte de los distintos países, sociedades o grupo sociales. Pero a mí me interesa también la posible quiebra digital entre generaciones. Que dejemos de hablar un mismo lenguaje; y, sobre todo, que dejemos de compartir protocolos comunes para el desarrollo del pensamiento. No que dejemos de pensar igual, lo que es imposible amén de inconveniente, sino conforme a una lógica sustancialmente común, fruto de determinados procesos cognitivos, compartible entre nosotros y nuestros hijos y nietos, o nuestros alumnos.

Enseñar y aprender literatura me parece una actividad tras la cual debe brillar una chispa de sentido estético. Somos muchos, por otra parte, los que nos sentimos preocupados por la trascendencia ética de estos estudios. Es decir, que en el momento en que no soplan vientos favorables para las humanidades; cuando los sistemas educativos parecen orientarse en la dirección de un pragmatismo romo; cuando lo monetario y lo mercantil se convierten en valores absolutos para la sociedad y quienes la dirigen, los que hemos tomado en su día la decisión de convertir en trabajo aquella identificación estética con los textos literarios y los estudiantes que nos secundan tenemos la obligación de defender la idea de que la literatura constituye un instrumento imprescindible para la formación de los ciudadanos en múltiples aspectos. Por supuesto, en el de su capacidad expresiva, que se está descuidando y que de ser desatendido definitivamente tendría unas consecuencias imprevisibles, porque el peor

daño que se les puede hacer a las nuevas generaciones es, precisamente, la expropiación de su competencia lingüística. Pero, por otra parte, la enseñanza de la literatura puede actuar y de hecho actúa como un revulsivo para las conciencias, para hacerse con una visión más amplia de las cosas frente a esa especie de simplificación a ultranza que algunos medios de comunicación de masas están transmitiendo como un auténtico bombardeo sobre la ciudadanía.

Cuenta Michel Tournier, en un libro delicioso titulado *Lectures vertes*, que el padre de Marcel Pagnol, que era maestro, solía afirmar: «¡Menudo escritor es Anatole France! De cada una de sus páginas se puede extraer un dictado...». Quiere esto decir que, hasta donde alcanzo, sería profundamente contradictorio que los profesores fuésemos «anticanónicos». No veo cómo podría suceder tal cosa siendo como somos por devoción y por obligación lectores incansables. Pero también porque la literatura que sabemos por haberla estudiado está vertebrada sobre un repertorio de textos válidos por encima de las limitaciones del tiempo y del espacio cuya vigencia depende, de todos modos, en considerable medida, de que haya editores para ellos.

Recuerdo un artículo de George Steiner en el que hace ya tres decenios el humanista, preocupado por el teoreticismo deconstruccionista que contanimó las universidades de USA, concluye con una propuesta tan simple como la siguiente. No nos conviene ya más teorías, métodos o nuevas propuestas: «Lo que necesitamos son lugares: por ejemplo, una mesa con unas sillas alrededor donde podamos volver a aprender a leer, a leer juntos». En efecto, quizás el método inmediato y urgente que debe ser rescatado para la labor docente sea el de la lectura: aprender a leer literariamente otra vez. Porque paradójicamente esa competencia puede que se esté perdiendo y existe la contradicción de que, en nuestras sociedades, si profundizamos un poco bajo el oropel de la epidermis, nos encontramos

con que la capacidad de comprensión de los textos complejos por parte de los ciudadanos que salen del sistema educativo es cada vez menor. Y la literatura dejará de existir, al menos con la plenitud que le es consustancial, en el momento en que no contemos con individuos capaces de saber leerla desde esa complejidad de los dos códigos que la obra literaria incorpora: el código lingüístico y, sobre él, el código especial de convenciones propiamente literarias.

Steiner, una de las máximas figuras del humanismo contemporáneo, quisiera ser recordado como un «buen maestro de lectura». Y el prematuramente desaparecido profesor e intelectual palestino, Edward Said, afirmaba, asimismo, poco antes de su fallecimiento que su trabajo era precisamente la lectura de textos fundamentales, procedieran de donde procedieran. «Lo que yo enseño —concluía Said— es cómo leer». Leer para aprender. Años atrás nuestro gran Alfonso Reyes se reivindicaba también como «maestro en la lectura atenta».

El famoso soneto que Francisco de Quevedo escribió desde la Torre de Juan Abad contiene un ferviente homenaje al libro, a la lectura y a la imprenta: *Retirado en la paz de estos desiertos / con pocos, pero doctos libros juntos / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos.*

El elogio de los libros tampoco era original a aquellas alturas de 1630 o 1640. El propio Petrarca los trata con agradecida familiaridad en varias de sus epístolas *De rebus familiaribus* cuando la imprenta todavía no los había multiplicado. Pero estoy convencido de que el más trascendente sentido y máximo valor temático del soneto «Desde la Torre» es la defensa de la cultura escrita e impresa frente a quienes, desde Grecia hasta Michel de Montaigne, la consideraban precaria y sospechosa. Frente a esas reticencias ¿qué nos propone Quevedo? Que las grandes almas de los que fueron sabios perviven gracias a la escritura y a la imprenta, una máquina

que es *docta* en palabras del poeta porque es *vengadora* de las *injurias de los años*, del olvido en que podrían caer *las grandes almas que la muerte ausenta*.

Octavio Paz escribió bellas páginas, a su vez, sobre la biblioteca de toda una vida, el «reino de los signos», como él la llama, donde Juana de Asbaje campaba por sus respetos. La «Respuesta a Sor Filotea» constituye, como es hoy universalmente reconocido, el primer documento feminista de nuestra lengua en donde se reivindica el derecho de la mujer al estudio, como respuesta a su sed de conocimiento en modo alguno menor que la que pueda sentir el hombre. Y así escribe su autora: «Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino solo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento».

Sor Juana hubo, pues, de vivir, como Quevedo, «en conversación con los difuntos» y «escuchar con sus ojos a los muertos», pues le estaba negado, como mujer, el acceso directo a los maestros en la academia. Ambos pertenecían a una cultura, compartida ya en la segunda mitad del siglo XVII por ambas orillas del Atlántico, en la que la escritura democratizada por la imprenta, en la que el libro constituía, como lo sigue haciendo hoy, una prodigiosa herramienta de aprendizaje, de revelación y construcción del mundo, de diálogo, de adquisición de la sabiduría, de aprovechamiento del tiempo, de inmortalidad. Pero también, según acabamos de ver, el libro fue instrumento de liberación intelectual de la mujer, siglos antes de que la sociedad empezara a abrirla las puertas de la universidad. Juana de Asbaje consiguió llegar a ser ella misma gracias a los libros. Con ellos se liberó y se realizó como persona inteligente. Con los libros doctos, que en su caso fueron también libros emancipadores.

No por deformación profesional o por interés de gremio, sino por mera ciudadanía considero que la educación es el fundamento de los mejores logros de la sociedad y el instrumento insustituible para la buena

gobernanza de la república. Y el libro es la gran herramienta para acceder al saber a través de las palabras. Las nuevas galaxias de la información y la comunicación precisan también de nuevas pautas pedagógicas, algunas de las cuales, por otra parte, tiene que ver con una educación para la nueva tecnología, que no puede ni debe hacer *tabula rasa* con todo lo anterior. Ese es el gran reto para las generaciones de los que no fueron –no fuimos– «niños digitales» porque tal posibilidad era utópica cuando éramos chicos, y hoy escribimos, enseñamos, investigamos, editamos y producimos libros, o nos gobiernan.

Larga vida al imperio de la lengua, de la creación literaria y de la lectura. Larga vida, también, a la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana.